

(78)

á el lado del de Elisa; y no habiendo en el mundo alhaja mas preciosa que el retrato de esta adorada víctima, le dejo por via de legado á vuestra hija. ¡Plegue á Dios que uno y otro seais felices! Este es el último deseo de vuestro desgraciado amigo.

CAPITULO XXIII.

Es de suponer que esta triste relacion habia sido frecuentemente interrumpida. Hanson no habia podido leer los terribles padecimientos de su hermana sin verse sofocado de indignacion. La mas horrorosa de las venganzas era ya la primera necesidad de su corazon: Bensadi guardaba un profundo silencio, y no levantaba sus ojos sino para contemplar á su hija, que no se ocupaba de ocultarle sus lágrimas.

«¡Ah, padre mio! exclamó e-

chándose en sus brazos: ¿no podemos salvarle? ¿será imposible obtener su perdon?

— Mucho lo temo, hija mia: sin embargo, calma tu pena, trata de imitar el ejemplo que te da de una resignacion desgraciadamente mui necesaria: iremos á verle, lloraremos juntos: los cuidados de la amistad no dejarán de ser dulces á su corazon.»

Hanson unió sus súplicas á las de este buen padre, y lograron, si no consolarla, al menos darla un poco de espíritu: los preparativos de la marcha se hicieron bien pronto: Shechem, despues de haber dado sus disposiciones para que sus asuntos no sufriesen atraso en su ausencia, marchó en una

silla de posta con su hija, y Hanson partió algunas horas despues. Su intencion era la de coger á su cuñado Eduardo, que residia no lejos del camino por donde debia pasar: este lo habia prevenido y habia partido desde la víspera para ir á ver á su desgraciado pariente. Hanson se despidió de sus hermanas sin atreverse á hablarles del deplorable fin de Elisa, aunque siempre estuviese pensando en él, y que experimentase los mas violentos movimientos de rabia contra su bárbaro perseguidor.

Al dia siguiente llegó á la ciudad donde estaba Teodoro, y presentándose inmediatamente en la cárcel, prodigó el oro para entrar. El desgraciado estaba confi-

nado en un calabozo; pero como él mismo se habia constituido reo, no habian creido fuese necesario cargarle de grillos y cadenas.

Hanson le halló sentado, teniendo en una mano el retrato de Elisa, y contemplándole con aire enternecido. Teodoro, que le creia muerto, ó al menos perdido en regiones lejanas, tardó en reconocerle.

«¿Es posible, le dice al fin, que sea el hermano de mi Elisa el que veo en este momento? ¿Por qué milagro habeis escapado al poder destructor que ha esterminado vuestra familia?»

— Teodoro, respondió Hanson apretándole la mano, mi corazon está despedazado por el dolor:

¡ah! ¡bajo qué tristes auspicios nos volvemos á ver! ¡hé aquí en lo que han venido á parar los proyectos tan lisongeros que nosotros formá- bamos en nuestra infancia! ¡Oh, amigo mio! yo he perdido á mi padre, á mi madre, una hermana querida; y si á estas pérdidas es preciso añadir la vuestra, no tengo ya un momento de felicidad que esperar.

— El autor de todos nuestros males, repuso Teodoro levantando hácia el cielo los ojos con espíritu airado, sentirá al menos el peso insoportable del remordimiento: yo dejaré en su corazon una herida cruel que le hará padecer hasta que exhale el último suspiro!!!... y vuestra desventurada hermana será vengada.

— ¡Y haciendo el sacrificio de vuestra vida, es como quereis vengar su memoria! ¿No fuera mejor dilatar la vida por los amigos que os restan? ¿por qué no habeis de tratar de evadiros? Ningun testigo depone contra vos: vuestra vida se halla aun en vuestras manos: mirad, reflexionad que semejante despecho y abandono de vos mismo es un suicidio criminal.

— ¿Qué importa? La vida para mí es ya una insufrible carga, y quiero librarme de ella: todo lo que el hombre puede sufrir, lo he sufrido: nada en este mundo puede indemnizarme de lo que he perdido: es preciso morir.»

Hanson se afligia de no poder destruir la funesta resolucion de

su amigo: se calló: Teodoro se callaba tambien, y no parecia dispuesto á tomar otra vez la palabra; pero Hanson fue quien procuró inspirarle de nuevo el deseo de vivir, por una consideracion que juzgó mui eficaz al intento.

«Teodoro, le dice, habeis sufrido una pérdida que os hace insuportable la vida: conozco el tormento que aflige vuestro sensible corazon: si el amor fraternal me arranca á mí lágrimas de sangre, ¿qué no debereis vos padecer cuando un cariño tan verdadero y tan profundo os unia á mi desgraciada hermana!!! Llorémosla, amigo mio; sí, llorémosla, y honremos su memoria; pero no habiendo en nosotros cosa alguna que pueda

eximirse de la muerte; si esta adorada víctima, separada ya de aquel ser mortal, ha conservado el sentimiento de morir que la ha acompañado hasta el sepulcro, ¿podéis pensar que espere el sacrificio que la quereis hacer? Mirad á todos lados, fijad la vista en todos los seres que teneis al rededor, y examinad si realmente es cierto que todos cuantos objetos os rodean os inclinan á amar la vida: no hablo de mí ni de mis hermanas; bien sabeis que os amamos: juzgad de nuestros temores por el mismo cariño de que no debeis dudar; pero la interesante hija de Bensadí, esa jóven tan tierna, tan amante, que no espera su felicidad sino de vos, que no vive sino por

la vuestra, que morirá si renunciáis á la conservacion de vuestros dias, ¿no ha hecho alguna impresion en vuestra alma? ¿No seriais responsable al buen Shechem de la felicidad de su hija?

— Quisiera saber, respondió Teodoro, por qué acontecimiento habeis conocido al hombre que acabais de nombrar. El cielo es testigo de que yo compraria á precio de mi sangre la ocasion de responder á sus generosas bondades: acaso tendré que acusarme de no haberme alejado de su hija desde que tuve la primera sospecha de sus buenos sentimientos por mí. Desde que me ha sido robada mi adorada Elisa, me he preguntado mas de una vez á mí mismo si estaria

en mi mano el poder contribuir á la felicidad de otra muger: á mas de esto, he conocido que mis penas han alterado mi salud, y no me dejan sino mui corto tiempo de vida; pero aun cuando yo pudiese contar con el restablecimiento de mis fuerzas, ¿qué ofrecería al amor de esta jóven interesante? Un corazon llagado, un cariño frio que no bastaria á su felicidad: yo conozco á Eva: cuantos mas esfuerzos hiciera por reprimirme y dar al reconocimiento y á la amistad la espresion del amor, mas creería ella tener que gemir: nuestras tentativas por disimular nuestras penas recíprocas no servirian mas que para hacernos al uno y al otro mas dignos de compasion.»

Hanson continuó estrechándole sobre este punto, pero siempre sin suceso, y combatia aun con su funesta resolucion cuando Eduardo entró en la prision: este último dijo á Teodoro, que un abogado célebre se habia encargado de su defensa, á solicitud de su padre; y se sabia tambien que el defensor se reduciría á probar principalmente que el acusado no gozaba de su razon; alegato que debia ser confirmado por muchos testigos.

Teodoro nada respondió á lo que Eduardo acababa de decir, y antes bien hacia por volver la conversacion á otros objetos: su aspecto era grave y serio, y sus amigos no podian dejar de admirar su

aparente tranquilidad. Despues de haber pasado con él una gran parte del dia, Eduardo y Hanson se volvieron á su posada. Bensadí acababa de llegar con su hija, y el buen israelita hubiera querido ir á ver al momento á Teodoro; pero era bastante tarde para poder lograr entrada en la cárcel, y tuvo que esperar hasta el dia siguiente.

No trataremos de describir la cruel ansiedad de su hija: el hombre que su corazon habia elegido; aquel que ella amaba con todo el ardor de una alma pura y profundamente sensible; Teodoro, confinado en un calabozo, cargado de cadenas, y en vísperas acaso de sufrir un suplicio ignominioso. ¡Qué hor-

rorosa perspectiva para ella! En vano busca en su razon, en los tiernos consejos de su padre un alivio á las angustias que despedazan su alma; en vano se esfuerza en fijar su imaginacion en suposiciones propias á reanimar sus esperanzas; pues sus demasiado justas inquietudes se resisten y desvanecen todas las ilusiones.

A la mañana siguiente Shechem se apresuró á ir á ver á su desgraciado amigo: le estrechó afectuosamente contra su seno, pasó dos horas con él sin hablar apenas, y le dejó con la intencion de ir á casa del caballero Cyphon para ver por sí mismo cuáles eran sus disposiciones en aquel momento, y comprometerle, si era

posible, á prestarse á la evasión de su hijo, en el caso de conmutar el tribunal la pena de muerte en un encierro: dejando por consiguiente á su hija al cuidado de Hanson y de Eduardo, partió sin detención: apenas habia andado cuatro leguas, cuando se quebró el eje de su silla de posta: se vió precisado á detenerse en un mal meson, situado á poca distancia del camino, hasta que se compuso el carruaje, no permitiéndole su edad y sus achaques viajar á caballo.

Cerca de media hora despues llegó á la posada un hombre de una estatura desmesurada y de mala cara sobre un caballo cansado: puso pie en tierra y se hizo con-

ducir á la pieza inmediata á la de Shechem. Casi en el mismo acto llegó una silla de posta, escoltada de tres criados bien montados y armados de pies á cabeza. Al ver detenerse todo este equipage en una posada de tan miserable apariencia, inspiró justamente á Shechem mui mala idea: se asomó á la ventana para ver bien al nuevo huésped, y su curiosidad fue bien pronto satisfecha. Bajó de la silla un hombre de mediana estatura, ayudado de dos criados que le condujeron hasta la posada. Una tristeza sombría es la que se veia marcada en su semblante pálido y desencajado por la pena mas bien que por los años, lanzando en su alrededor miradas inquietas y hu-

rañas. Shechem imaginó que este viagero era el padre de Teodoro, es decir, el mismo sugeto que iba á buscar, y no se engañó.

Mientras deliberaba sobre el partido que debia tomar en vista de esta circunstancia inesperada, oyó hablar al caballero Cyphon en la pieza inmediata con el hombre que habia llegado algunos minutos antes. Shechem, por su semblante, no habia vacilado en creer fuese el conserge de la prision donde Teodoro habia estado detenido. Prestó su oido no dudando hablaban de este desgraciado, y hé aquí lo que oyó.

«A pesar de todo cuanto he hecho, dice el caballero Cyphon, ya ves que este desgraciado se me va

á escapar si un ardid poderoso no le atrae bajo mi poder.

—Milord, no tengais cuidado, estan tomadas todas las medidas mas eficaces: los testigos que yo he hallado jurarán veinte veces si es menester, que es un loco de atar.

—Enhorabuena: yo no sufriré, aunque me cueste cuanto poseo, que un hombre que lleva mi nombre, espire en un patibulo. ¡Oh qué borron tan infamante para la familia de los Cyphones! No, voto á mi vida, no lo sufriré. Pero yo queria decir otra cosa.... Cuando le tenga ya en mi poder, ¿cómo le guardaremos? ¿No deberemos siempre temer que se nos escape?

— Téngale yo en mi poder, que

despues yo os respondo , Milord, que no volverá á ver la luz del dia.

—¿Qué quieres decir? pregunta Cyphon bajando la voz. Segun veo tú no tienes ningun designio contra su vida.... Sin embargo, es preciso convenir.... seria de desear que fuese muerto.... mi nombre no seria ultrajado, y al mismo tiempo quedaria vengado de los ultrages que he recibido. El miserable se ha atrevido á levantar la mano contra mí; ha faltado á mi voluntad : se ha echado en el fango, sacrificando el honor de su sangre á una pasion vergonzosa: ha perdido todos sus derechos, y yo no le debo ya dispensar ni mi ternura ni mi piedad.... Si estu-

viese muerto, no tendria yo mas cuidados.... sin embargo.... y bien.... ¿tú qué dices?

Shechem se estremeció de horror al escuchar estas últimas palabras, á las que sucedió un largo silencio; y despues de esto sintió un diálogo á media voz, del que nada pudo comprender; y si no le fue posible asegurarse hasta qué punto era conforme el deseo sanguinario de Cyphon con el modo de pensar de su cómplice, sin embargo sabia lo bastante para renunciar al proyecto de ver á un hombre que habia cerrado su corazon á los mas tiernos sentimientos de la naturaleza. Fue compuesta la silla de posta, y se apresuró Shechem á volver con su hija.

Hanson y Eduardo no fueron menos indignados que Shechem cuando les refirió lo que habia debido á una feliz casualidad. «Yo no siento, antes bien celebro ese descubrimiento, dice Hanson, pues nos suministrará los medios de volver contra los enemigos de Teodoro las astucias empleadas para perderle: cuando ellos hayan llegado á lograr su perdon, nos presentaremos Eduardo y yo por fiadores del preso respondiendo de su persona: no nos será difícil frustrar las pretensiones del padre, alegando que es honor suyo no contrariar nuestra demanda, para alejar las sospechas á que su conducta ha dado lugar, y probar que no ha obrado sino segun princi-

pios de justicia, y no por las instigaciones del orgullo humillado.»

Teodoro, segun se acercaba la época de su sentencia, se hacia mas reservado y mas recogido: habia cesado ya de hablar de Elisa, no lloraba con tanta frecuencia, y su aire parecia mas tranquilo; pero como no queria hablar nada relativo al proceso que se iba á instruir, era imposible penetrar sus intenciones sobre los medios de defensa.

En cuanto á Eva, que se habia figurado tener suficiente espíritu para asistir al fatal proceso, conoció bien pronto que habia contado con fuerzas que no tenia: tuvo muchas veces tentaciones de volverse á Londres, y acaso lo

(100)

hubiera realizado sin la llegada de las dos hermanas de Hanson, que afligiéndose con ella, y comunicándola sus débiles esperanzas, llegaron á templar un poco el exceso de su dolor.

En fin, se abrió la sesion, y á solicitud del caballero Cyphon el proceso de su hijo fue lo primero de que el tribunal se ocupó.

////////////////////

CAPITULO XXIII.

—————o—————

Un asunto tan extraordinario habia ocasionado un gran concurso de espectadores: todos convenian en que el acusado era culpable, pero sin embargo deseaban salvarle; y lo que sorprendia mas era el ver al infeliz Teodoro perseguido y defendido á un mismo tiempo por su propio padre: por todas estas circunstancias el dia de la instruccion de este admirable proceso se halló la sala de audiencia llena de gente desde mui de mañana.